

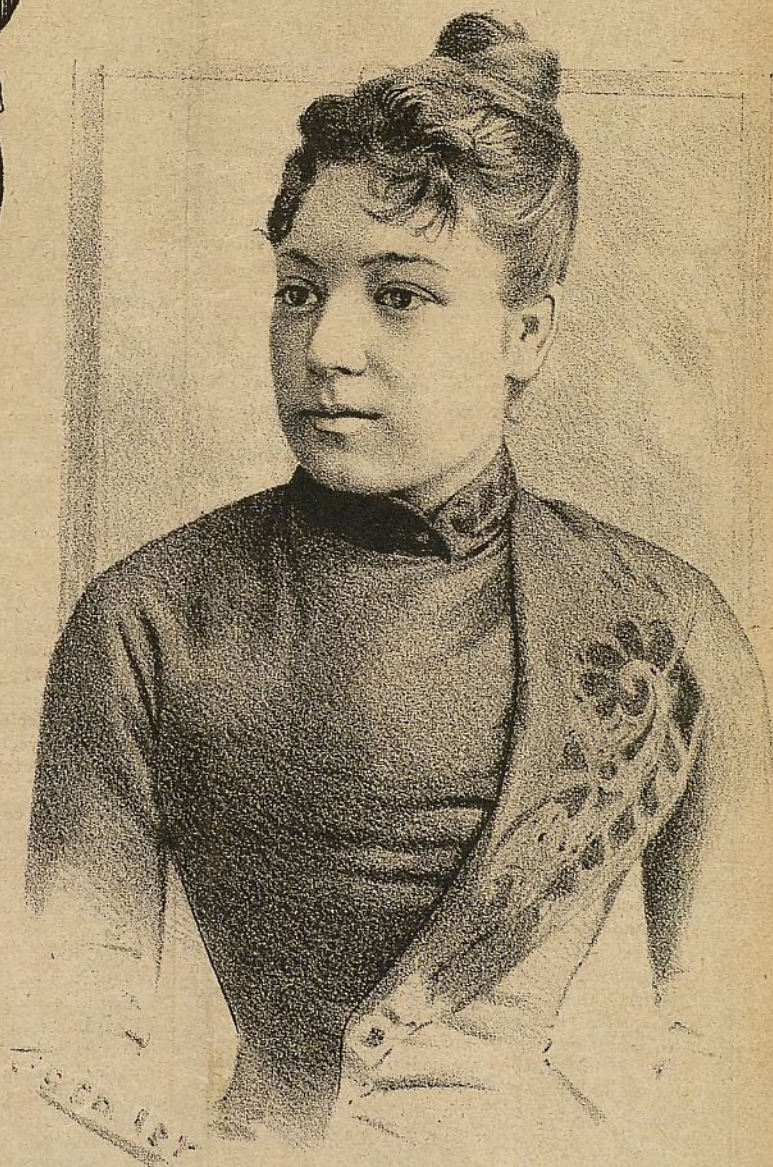


Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION 17.

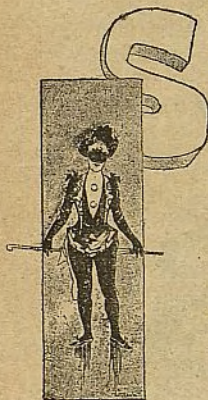
DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

MATILDE ORTIZ



Joven, estudiosa, bella
y aplicada hasta el exceso,
será esta chica una *estrella*...
Hoy se va cumpliendo en ella
la santa ley del progreso.

La Semana



Si la industria catalana no saca partido de la guerra comercial entre los rubios habitantes de allende el canal de la Mancha y los *morenos*, nuestros vecinos del Oeste, habremos de achacarlo á desidia nuestra ó al mal gusto de los portugueses.

Porque ya habrán ustedes observado que el conflicto luso-británico (afortunadamente para el equilibrio europeo) se está poniendo en escena bajo la dirección artística, no de Pálas ó de Marte, como era de esperar, sino del pacífico Mercurio, que haciendo molinetes con el caduceo, recorre vertiginosamente, gracias á

los alados chapines, las fronteras de Portugal, sin permitir que pasen de Inglaterra géneros de ninguna especie, ó mejor diríamos, especies de ningún género.

De modo que la paz no puede estar más asegurada por ese lado.

No ya piezas de artillería, pero ni aun piezas de tela inglesa se presentan frente á Lisboa; no ya balas de fusil, pero ni aún balas de algodón se cruzan entre las dos naciones cuasi beligerantes.

Portugal ha devuelto la pelota, como vulgarmente se dice, á la altiva Albión.

Esta ha dicho poco mas ó menos:

—Nada me importa á mí de Portugal.

Y el pequeño reino ha contestado:

—Pues lo que es de Inglaterra si que no se nos importa nada.

Y efectivamente; la vigilancia fiscal en las Aduanas y el patriotismo del comercio portugués han suprimido toda clase de importación inglesa.

Los géneros ingleses ya no tienen salida, ni entrada siquiera, en las plazas de antaño.

Y decía un amigo mío, deudor sempiterno, al enterarse de la noticia:

—Si yo imitara esa medida, tendr'a que cerrar mi casa á todo el mundo, porque para mí «el género humano» es un «género inglés.»

Al fin se han convencido nuestros vecinos de que es más útil la alianza de sus congéneres que la protección de sus con-géneros.

Lusitania ha probado á Jhon Bull que si él, como buen comerciante, todo lo pesa, lo cuenta ó lo mide, ni ha contado... con la huéspedada, ni ha medido... las consecuencias de su mal paso, ni ha pesado los motivos de enojo que ya tenía Portugal.

El comercio catalán debe ofrecerse en cuerpo y alma al gobierno de Lisboa, poniendo á su disposición las balanzas de los mostradores para que ellas resuelvan el conflicto, ya que las de Themis y Astrea andan algo torpes y mentirosas, por obra y gracia de la justicia histórica, según dicen.

El paño inglés ya no tiene salida en Portugal.

Alegremonos de esto; y aunque nuestra alegría no debe ser desenfadada, para que no se ofendan los ingleses, alegrémonos *al paño*, que ya es bastante.

Nuestros tegidos se montan de esta hecha sobre los ingleses.

Si estos lo dudan, envíenles desde Lisboa unos pantalones, una chaqueta ú otra prenda cualquiera, fabricada con paño catalán.

Pero ¡qué digo una chaqueta! no hace falta tanto. Con enviarles el corte de las mangas, hay suficiente. Nada, nada ¡viva Sabadell y abajo Londres!

Llevemos nuestros paños á Portugal y así podremos decir que sobre el conflicto con Inglaterra hay todavía mucha tela cortada.

A ver si nuestros fabricantes hacen quebrar para siempre á los judíos descendientes de Syllok.

Y aunque la mayor salida de nuestros tejidos ocasiona la ruina de algún fabricante inglés, este quede siendo comerciante en paños, siquiera lo sea en paños... menores.

Cataluña, que ya en tiempos de Felipe IV facilitó la independencia de Portugal distraiendo en el Principado muchas de las fuerzas reales, debe prestar ahora al vecino reino incondicional apoyo y amistosa ayuda.

No permitamos que otras regiones nos tomen la delantera.

Envíemos pronto á Lisboa el escudo catalán, ese escudo «á rayas», que lo mismo puede ser un timbre heráldico, que una muestra de tela para pantalones.

Con la entrada del duque de Veragua en el ministerio de Fomento, no han salido gananciosos los maestros de cartel, sino los maestros de carteles.

De manera que el simpático duque es la encarnación viva del espíritu nacional.

¡Como que al dar pan á los maestros y toros á la afición, resulta un ministro de «pan y toros»!

Bien haya el noble descendiente de Colón, que al dedicar su atención á las de primera enseñanza, realizará una obra casi tan meritoria y estupenda como la de su ilustre abuelo.

Nadie como él puede ostentar el uniforme de marino y aun presidir la Sociedad de Salvamento de Náufragos.

Porque ¿quién habrá sacado de una vez á flote á tantos y tantos infelices como están ahora con el agua al cuello?

Fuerza es decir que si el duque de Veragua no lleva á cabo su proyecto será porque no quiere.

Lo que hace falta para ello es prestigio y energía ¡no es eso?

Pues ambas cualidades debe de reunir las el duque, que tiene tan gran *ascendiente*.

Es horrorosa crueldad no pagar á los maestros, porque se les hace sufrir el suplicio de Tántalo.

No tener un céntimo teniendo tantas «letras á la vista.»

El cobro de los alcances es el problema eterno para los profesores de instrucción primaria.

Ahora parece que ya le tienen resuelto.

Pero hasta en eso tienen los pobres mala sombra.

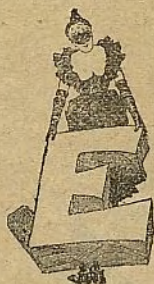
Porque es lo que decía una de las víctimas:

—Si el duque pone mano en eso de los alcances ¿quién niega que un Veragua va á nuestros alcances?

LUIS ROYO VILLANOVA.

—3—>—2—

EL OBÚS



El día de hoy me recuerda un episodio del pasado sitio de París, que me hace algún honor: lo tengo á orgullo.

No se asuste el lector. No he de conducirlo á la muralla, ni á las avanzadas; sino simplemente á la calle de *Trevisé*, á casa de mi viejo amigo Dutailly, rico fabricante de productos químicos, esposo de una excelente mujer, padre de una chica en cantadora, industrial hábil, buen patriota, un poco exagerado en política; en la vida privada, el hombre mejor del mundo.

Sorprendido por el asedio de París cuando arreglaba sus maletas de viaje, le consolaba el convencimiento de que el cerco apenas duraría una semana. Más previsora la señora Dutailly, se ocupaba desde hacía días en el abastecimiento de la casa, donde reunía tal abundancia de víveres, que, aunque el sitio se hubiese prolongado tres meses más, los Dutailly no hubieran conocido el hambre. Además, la buena señora completaba su obra instalando en el pequeño patio una vaquería, todo un gallinero y hasta una zahurda, cuyos cerdos, tres meses más tarde, valían lo que pesaban en oro.

Desde Octubre, la bendecíamos, yo el primero, y mi cubierto se ponía en la mesa de los Dutailly los jueves y domingos por la tarde, y allí encontraba con qué resarcirme de las privaciones de toda la semana.

¿Cómo no extasiarse en aquellos días de escasez, á la vista de una chuieta ó de un trozo de *gruyère*, regados por excelentes vinos que no tenían—¡cosa rara!—ningún parentesco con los productos químicos de la casa?

No era yo el único comensal acreditado de aquella mesa hospitalaria. Alguien tenía en ella un cubierto al lado del mío. El joven Anatolio Brichaud, primer dependiente de la fábrica, futuro socio y yerno de Dutailly.

Este bravo mozo, retraído, melancólico, un poco tímido, estaba locamente enamorado de la hija del principal, la señorita Gertrudis, que no parecía insensible á su amor. Sin que se hubiesen dado palabra, la candidatura de Brichaud era vista por los Dutailly con tan buenos ojos, que la unión de los dos jóvenes era ya cosa tácitamente convenida. Por desgracia, la guerra aplazaba el enlace. Brichaud, cabo de escuadra en la móvil del Sena y acuartelado en Saint Denis, cumplía su deber de soldado, concienzudamente, como hacía todas sus cosas; pero—necesario es decirlo—sin entusiasmo, y daba al diablo aquel sitio eterno que retardaba su dicha, y cuyas operaciones criticaba apaciblemente, á su manera, pero no sin amargura.

Estas críticas no dejaban de mortificar á Dutailly, fanático del general Trochu. Hay más: *El Tiempo* publicaba entonces una serie de artículos en que el autor reconstituía las operaciones militares de la provincia, al gusto de su fantasía delirante. Dutailly había tonado en serio esos desvarios. Clavaba sus banderitas sobre la carta geográfica, en los puntos determinados por el estratégico de *El Tiempo*; seguía con ansiedad las marchas y contramarchas quiméricas, y nos predecía en breve plazo, victorias decisivas. Brichaud, incrédulo,

arriesgaba una tímida objeción. Dutailly se exaltaba, se encojerizaba. Yo intervenía á tiempo para calmar el debate; mas el principal, en el fondo de su alma, no se consolaba de todas aquellas batallas que su dependiente le impedía ganar.

La presencia de un nuevo convidado vino á complicar más la situación. Me sorprendió una tarde que llegué con retraso, ver mi puesto, á la derecha de la señora Dutailly, ocupado por un personaje desconocido, de cara encendida, ancho de espaldas, alborotador y jactancioso. Llevaba galones de capitán sobre un uniforme caprichoso, extraído del guardarropa de algún teatro; y calzaba enormes botas, en las cuales era imposible desconocer á un héroe.

—El señor Robillar—me dijo Dutailly, al presentarnos el uno al otro—capitán de los *Enfants perdus* de Courbevoie.

No había yo despachado el potaje, cuando ya conocía al señor Robillar. Las hazañas de aquel atrevido debían consistir en despojar las casas desocupadas del distrito, de los muebles que pudiesen tentar la codicia del enemigo, y depositarlos en lugar seguro, ignorado de sus propietarios.

Yo me preguntaba con enojo cómo semejante personaje habría podido ser llamado aquella tarde á compartir nuestra parte de *gruyère*: la Dutailly me explicó el hecho, no sin emoción:

Horas antes, ella había dado una caída en la calle, que estaba resplandeciente de hielo. Robillar, que pasaba por allí, la condujo á la farmacia más próxima, y la llevó luego á su hogar, ligeramente contusa y algo aturdida.

¿Qué menos podía hacer ella, por gratitud, que invitar á comer á su salvador?

La explicación me consoló. Esperaba, por esta vez, deshacerme del héroe.

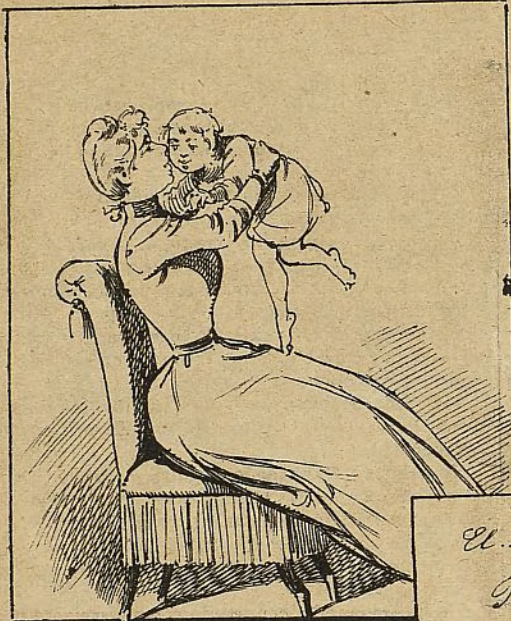
El bribonazo no era tonto. Se decía interesado en un gran negocio, que le obligaba á recorrer toda Europa, y nos contaba muy divertidamente sus recuerdos de viaje. La guerra—aseguraba—le hizo volver á París cuya defensa reclamaba su presencia. En cuanto á sus proezas durante el cerco, bien se comprende que superaban á toda creencia. «El enemigo estaba hostigado hasta los dientes; no podía más. Con cinco mil gigantes como los suyos, la cuestión se zanjaba con facilidad». La señora Dutailly escuchaba con agrado estas enormidades.

Dutailly resistía mal al deseo de crearlas. Sólo Gertrudis se mostraba indiferente. Respecto al pobre cabo de escuadra, más pálido aquella tarde y más perdido que nunca en su levitón ancho; afligido, además, por un constipado sumamente ridículo, parecía desconcertado por la vecindad de aquel demonio de hombre que no le escaseaba las alusiones penosas, ni las miradas picarescas ni las comparaciones deprimentes.

Inventé un pretexto para abandonar mi sitio, después del café, abrumado como estaba por las fanfarronadas de aquel gascón á quien me figuraba decir adiós para siempre. En lo cual me llevé chasco, pues el domingo siguiente y después el jueves le hallé en el mismo lugar. Por último, tuvo su cubierto en todas nuestras comidas.

Los Dutailly estaban fascinados. El Robillar había encantado á la señora Dutailly con su buen humor y con esa galantería un tanto tierna, á la que ninguna mujer de cierta edad es insensible, y al papá Dutailly con el interés que el nuevo comensal parecía tomarse

BESOS, POR CILLA



EL BESO MÁS PURO.



El. MÁS CASTO.

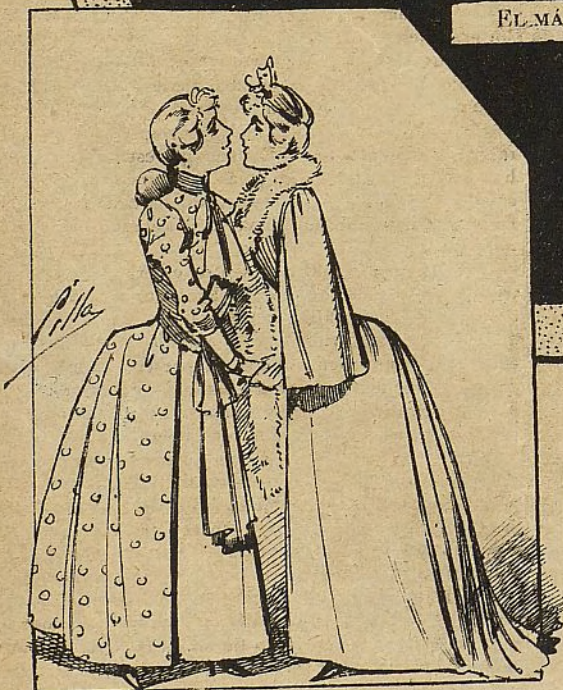
El. D. — L. —

B. L. M.

Abel P. D.

Barcelona 4. —

EL MÁS SOSO

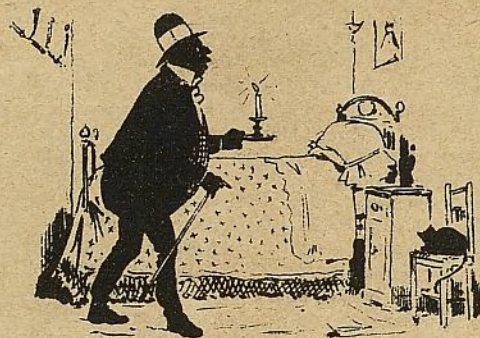


EL MÁS FALSO.



EL MÁS RICO.

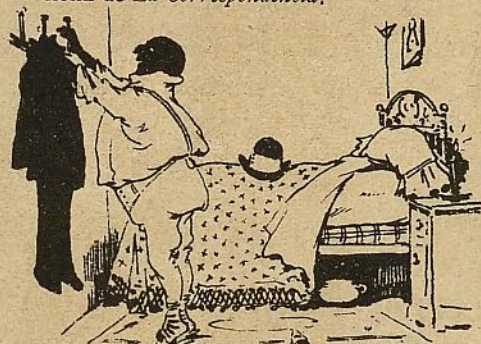
UN SUSTO, POR MECACHIS



—¡Qué interesante estaba hoy el folletín de *La Correspondencia*!



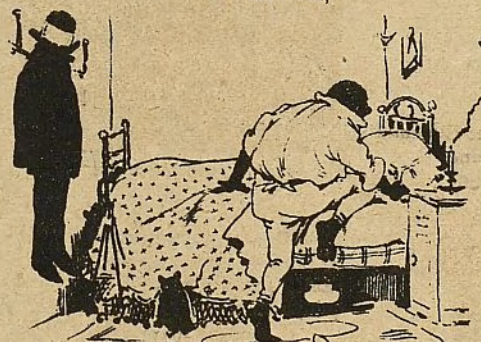
Me ha hecho poner los pelos de punta. Figúrense Vdes. que se trataba de un ladrón,



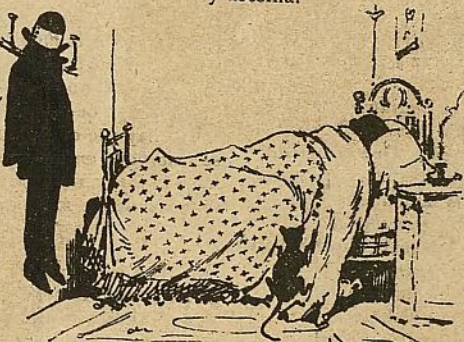
el cual roba,



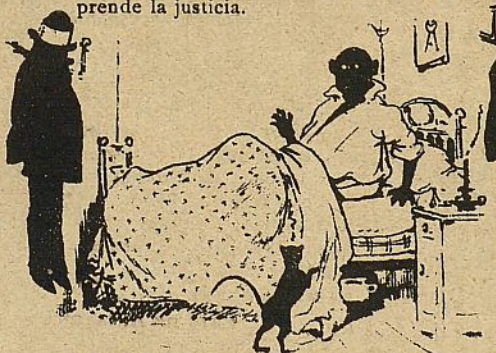
y asesina.



¡Ea! ¡a la cama! Pero enseguida le prende la justicia.



Y le ahorcan. ¡Brrrr, qué frías están las sábanas!



—Nada, no puedo dormir. Me parece estar viendo al ahorcado y...



--¡Brrrr! ¡Socorro! ¡Asistencial! ¡El del folletín!!

Mecachis

por las operaciones militares de *El Tiempo*, y en la mutación de las banderitas sobre la carta geográfica. Anatolio, en el apogeo de su constipado, perdía en cada comida el ascendiente que insensiblemente iba conquistando el capitán.

Su descrédito se hizo sobre todo sensible, después del combate del *Burget*, en que el pobre mozo había cumplido bravamente con su deber y de donde había vuelto herido en el antebrazo.

Refirió la acción, la muerte de Barroche, que cayó á su lado, el abandono y la retirada y todo el triste fin del combate heroico, con tal descorazonamiento, que el capitán estuvo á punto de tacharle de desertor y de cobarde. No lo hizo así, por consideración á los anfitriones; pero bien supo darlo á entender. ¡Con qué noble indignación espuso que si sus *Enfants* hubiesen tomado parte en la refriega, la cosa hubiera terminado de otro modo.

Mientras tanto, el buen Anatolio, humillado, sufría tristemente el dolor de su herida, que sangraba aún. Pero nadie se preocupaba por él, sino Gertrudis y yo.

Al otro día amaneció con fiebre; guardó cama y durante algunas semanas estuvo ausente de nuestros convites. El capitán estableció vivamente sus pretensiones á la mano de la señorita Gertrudis, y la actitud de los padres no era para desanimarle.

El día que Anatolio volvió convaliente y mas delgado que nunca, me pareció que la señorita Gertrudis tenía los ojos enrojecidos, y que habia habido alguna escaramuza entre ella y su madre, ésta ya en el colmo de su devoción por Rovillar. Comprendí que era tiempo de intervenir en bien de aquellos pobres jóvenes. Estábamos en el último domingo del año; y como se hablaba necesariamente del día de año nuevo, en que debíamos comer en familia:

— ¡Fardiez, mi señora Dutailly! — exclamó el capitán — quiero dar á Vd. una sorpresa de aguinaldo!

Esto me sugirió la idea de preparar la mia.

VICTORIANO SARDOU.

(Se continuará)

VIRTUD TONTA

I

Siempre la cruz y el cilicio
y la mortificación,
y el golpe y el sacrificio...
¡Era una santa Asunción!

Los hombres... ¡Qué atrocidad!
¡pensar en los hombres!... ¡Vamos!
¡si esparcimos la maldad
por el sitio que pasamos!...

¡El amor!... ¡Jesús!... ¡qué horror!
A la pobre le espantaba...
Precisamente el amor
era lo que más odiaba...

— ¡Qué lástima de mujer!...
todos los mozos decían...
— Es santa, ¡como ha de ser!...
Y, claro, no se atrevían...
Y, entre alardes de virtud
y constantes oraciones,
pasaba la juventud,
limpia de humanas pasiones.

II

— ¡Dios santo! ¿Por qué el demonio
se interpone en mi camino,
bajo la forma de Antonio
el mozo de ese molino?

¿Por qué al verle no me escapo
como antes al ver un hombre?
¿Por qué me parece guapo?

¿por qué me gusta su nombre?
¿por qué todo él me agrada?
¿por qué este afán que me ostiga?...
Y... ¿por qué no dice nada
de lo quiero que diga?

No hay que dudarlo... El demonio
se interpone en mi camino
bajo la forma de Antonio
el mozo de ese molino.

III

— ¡Por qué una mujer hermosa
de nadie será mujer?...
Vamos; si esto es una cosa
que no puedo comprender

Yo la diría... En verdad
que todo se lo diría...
pero ¡ay! que en su santidad
de todo se espantaría.

¡Maldito sea el pudor
donde mi esfuerzo se estrella!...
¡No interesar el amor
á una mujer que es tan bella!
En fin... pues le desagrada,
no hay más medio que sufrir...
¡y no declararle nada
de lo que quiero decir!

IV

— ¡Me tachará de ligera?
¿Qué loca! ¿qué loca he sido!...

Le miré de una manera...
Pero ¿me habrá comprendido?

V

— ¡Jesús, cómo me miró!
Largo rato y fijamente...
Pero ¿es esperanza? — No...
¡lo hace de puro inocente!

VI

— ¡Pero por qué insistirá
en portarse de ese modo?...
¡Ea!... ¡preciso será
que yo se lo diga todo!...

VII

— ¡Dios mío!... ¡que confusión!
¿Con qué el amor no la espanta?...
Pues... ¡o dejo la ocasión
¡cuidadito con la santa!...

VIII

— Nada; lo dicho; el demonio
se interpuso en mi camino
bajo la forma de Antonio
el mozo de ese molino.
Resulta fuerte la cosa,
¡pero es verdad tan probada
que á ser menos virtuosa
yo estaría bien casada!...

LUIS DE ANSORENA.

LEY MONETARIA

Vivía en un cuchitril
de la calle del Cerrojo,
un tacaño á quien llamaban
D. Tomé de Puño-en-bolso,
hombre tal que ni escupía
por no gastar nada propio.
En un arcón de madera
ocultaba sus tesoros,
que entraron por una raja
del viejo arcón hasta el fondo,
guardados con siete llaves
y con el celo afanoso
de aquel que, por no perderlos,
nunca les quitaba el ojo.

Determinó recibir
para su servicio un mozo,
y por más seguridad
(después de hacer gran acopio
de indagaciones prolijas)
resolviese por un bobo;
pues, según las convicciones
que tenía Puño-en-bolso,
entre mil hombres honrados,
el más simple es el más probo.

Es lo cierto que el muchacho,
(yo no sé cuando ni como,
ni lo juzgo sustancial)
encontró una onza de oro.
Sintió al saberlo el avaro

afán de robar al mozo,
y no lo hizo por temor
á darle ejemplos de robo,
y por no sufrir con creces
el mal que cansara al otro.
Ya su tentación vencida,
habló Tomé de este modo:
—No gastes la onza, Blasillo,
porque *el oro atrae al oro*,
y es gran indicio de mucho
haber conseguido un poco.
Quedóse Blas pensativo,
viendo la onza con asombro,
mientras Tomé la miraba
con el rabillo del ojo.

Un vecino del avaro,
parlanchín de tomo y lomo,
que sabía lo del arca,
refirió el secreto al mozo;
y éste, á quien la onza le abrió
el apetito goloso
del dinero, con el ánsia
de poseer un tesoro,
cayó sobre el del avaro
para conseguir el propio.
Recordó la frase aquella
de que *el oro atrae al oro*,
y probar quiso con su onza
si el proverbio era engañoso.
Pues bien, cogió con dos dedos

la moneda, y poco á poco,
por la raja del arcón
la introdujo cuidadoso,
retirándola después
ya despacio, ya de pronto,
para ver si tras el cebo,
salía el dinero todo.
Con estas maquinaciones,
sucedió lo que era lógico,
y fué quedarse en el arca
la onza que tenía el bobo.

Harto de ocultar gemidos,
y lágrimas y sollozos,
se fué el muchacho al avaro
y entre mohino y lloroso,
después de contar el hecho,
solicitó el reembolso
de la onza.—Pero Tomé
le dijo:—Te creí tonto,
mas veo que no lo eres,
y pues sabes andar solo,
y robar solo también,
yo de mi casa te arrojo.
—¿Y la onza?

—No te la doy.
Yo la he ganado, y la cobro.
—Usted me engañó diciendo
que *el oro atraía al oro*.
—Sí, pero en esta materia
lo mucho atrae á lo poco.

R. TORROMÉ

LOS AMORES DE CLOTILDE

(Continuación)

Esperó con paciencia en la sala á que nuestra amiga
hiciera su toilette, y cuando esta se presentó al cabo, vió
delante de sí á un joven ruboroso, confundido, pero
simpático y elegante, que la rogó con labio balbuciente
le atorgase el favor de escuchar la lectura de un drama.
Deben ustedes saber que á las mujeres les gusta mucho
ejercer protectorados, muy singularmente sobre los
jóvenes simpáticos y elegantes; así que, no les sorprenderá
que Clotilde escuchase con paciencia el drama y
hasta lo hallase muy aceptable. El joven se confió á
ella enteramente, depositando en sus hermosas manos
el manuscrito cual si fuese un niño recién nacido y ella
lo recogió como madre cariñosa y lo tomó bajo su
amparo prometiendo velar por su preciosa existencia y
presentarlo en el mundo. El joven manifestó que esa
resolución era digna de un noble corazón cuya fama
había llegado ya á sus oídos. Clotilde contestó que no era
bondad de su parte el trabajar porque el drama se
representase, sino un acto de justicia. El joven dijo que
le halagaba muchísimo esa idea, porque el inmenso
talento de Clotilde y el acierto de sus juicios estaban
bien reconocidos por todos, pero que no osaba forjarse
tal ilusión. Clotilde declaró que había muchas reputa-
ciones usurpadas en el mundo y que una de ellas era

la suya, pero que en esta ocasión creía estar en lo firme.
El joven replicó que cuando el río suena agua lleva y
que cuando todo el mundo se empeña en admirar no
sólo la singular belleza y la inspiración artística de
una persona, sino también su claro ingenio y su brillante
ilustración, era necesario bajar la cabeza. Clotilde
dijo que no la bajaría en esta ocasión porque estaba
bien persuadida de que el mundo se engañaba mucho
acerca de lo que llamaba su talento y que no era otra
cosa que un puro instinto. El joven puso el grito en el
cielo contra esta mistificación que no tenía absoluta-
mente ninguna razón de ser; pero dulcificándose de
pronto mostróse profundamente conmovido ante la
modestia de su protectora y juró por todos los santos
del cielo que jamás había conocido otra semejante...

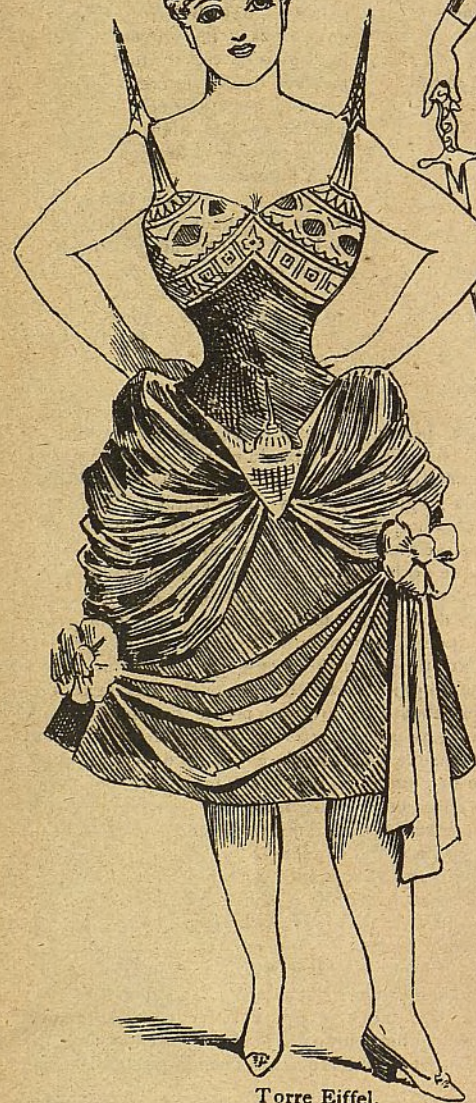
En fin, que el manuscrito fué ganando por momen-
tos terreno en el corazón de nuestra simpática amiga y
que el joven se despidió de ella, embargado por la emo-
ción, hasta el día siguiente.

Al día siguiente, Clotilde se presentó al empresario
y le arrancó, mediante la amenaza de rescindir el contra-
to, la promesa de llevar á la escena lo más pronto
posible el drama de Inocencio. Este dió las gracias
aquella misma tarde á su protectora y la hizo además
su confidente. Pertenecía á una familia distinguida de
provincia, aunque sin grandes recursos de fortuna; á
probarla había venido él á Madrid, confiado únicamente
en su ingenio. En el pueblo decían que tenía talento y

TRAJES DE SEÑORA, POR MOYA.



Bocaccio.



Torre Eiffel.



Abencerraje



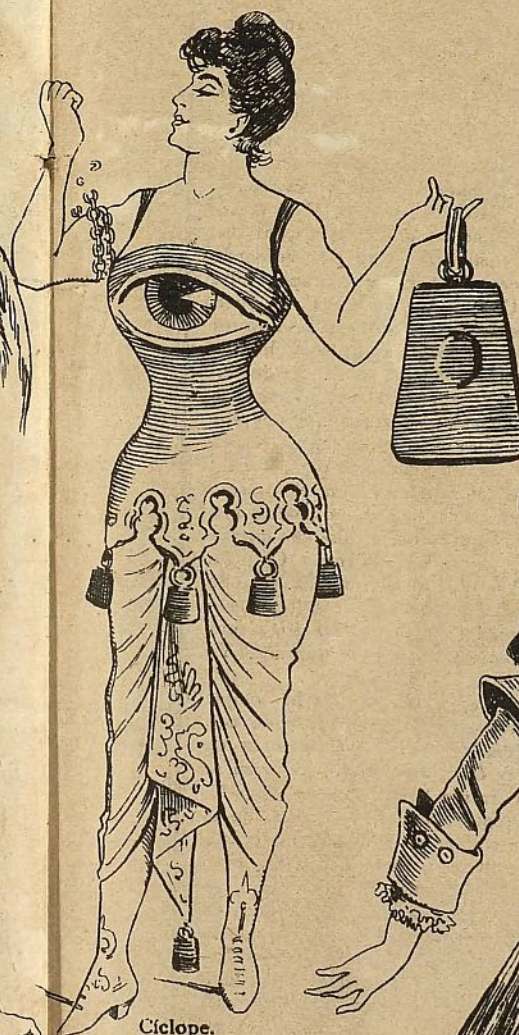
Locura.



Diana Cazadora.



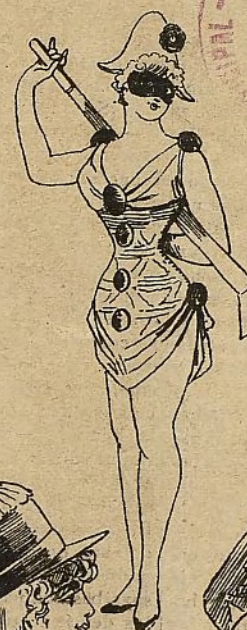
Cacatua.



Cíclope.



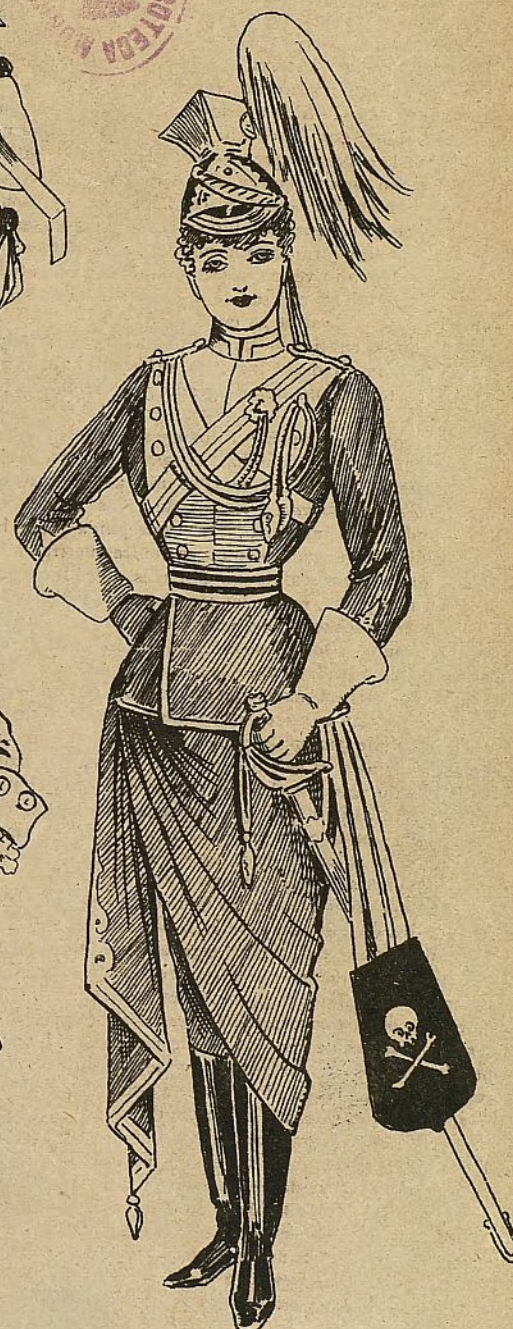
Makolola.



Arlequin.



Grand Daumont.



Hulano.

que si publicase en Madrid los versos que había insertado en *El Eco del Tujo*, hablarían de él como de Nuñez de Arce y Grilo: no sabía si esto era cierto, pero sentía su corazón lleno de nobles propósitos, y amaba al teatro más que á las niñas de sus ojos. ¿Llegaría á ser un Ayala ó un Tamayo? ¿Sería rechazado por el público? Era un misterio inescrutable para él.

En esta sesión Clotilde averiguó dos cosas importantísimas; á saber: que Inocencio tenía un talento que no le cabía en la cabeza y que no había en Madrid quien se pusiera con más gracia la chalina. Excuso decirles que menudearon las sesiones confidenciales y como resultado de ellas, que Clotilde sufrió todos los días la influencia fascinadora de esta chalina sobrenatural; á la postre se declaró vencida, entregándose á ella atada de pies y manos. La chalina se dignó alzarla del suelo y otorgarle la merced de su cariño.

—¿Como la chalina?— preguntó uno que dormitaba.

Don Jerónimo dió una inmensa, infernal chupada al cigarro, en testimonio de desagrado, y prosiguió sin hacer caso:

—Por entonces empezaron los ensayos del drama de Inocencio, que se titulaba, si mal no recuerdo, *Subir bajando*.... Callen ustedes, me parece que era al revés *Bajar subiendo*... En fin, de todos modos era un gerundio y un infinitivo. Yo vi enseguida que se habían entablado relaciones amorosas entre nuestra amiga y el autor, y como realmente, por más que Inocencio fuese un mal poeta, según los informes de Pepe, parecía un buen muchacho, me alegré de ellas y las alenté en lo que pude. Clotilde se confesó conmigo, declarándome estaba perdidamente enamorada, que sus aspiraciones ya no tenían nada que ver con el arte escénico, el cual le parecía una esclavitud insoportable, que su ideal era vivir tranquilamente aunque fuese en una buhardilla, unida al hombre que adoraba, que la mujer había nacido para ser el ángel custodio del hogar y no para divertir al público y que estimaba ella más el reinar en una humilde vivienda iluminada por el amor, que todos los aplausos de la tierra. En fin, caballeros, nuestra amiga se encontraba en pleno idilio.

Inocencio no estaba menos enamorado al parecer. A menudo los encontraba paseando por los parajes solitarios del Retiro, á distancia respetable de la mamá, que se detenía oportunamente á contemplar los primeros botones de las flores ó algún insecto curioso: las mamás en esta época de crisis marital tienen la obligación de ser admiradores de las obras de la naturaleza. La pareja de tórtolas se detenía al verme y me saludaba ruborizada. No les puedo ocultar á ustedes que aunque lo sentía por el arte, me alegraba de que Clotilde se casara: la mujer siempre necesita el amparo del hombre. Y lo cierto es, que eran dignos el uno del otro por la figura: Inocencio tenía una presencia muy simpática.

En el teatro no se hablaba de otra cosa más que de este matrimonio en ciernes. Todo el mundo se alegraba, porque Clotilde es la única artista desde el principio del mundo, que ha llevado á cabo la empresa, hasta ahora juzgada insuperable, de hacerse querer de sus compañeras.

Observé, no obstante... ya saben ustedes que soy observador; es la única cualidad que tengo; la observación á la cual no dan importancia los autores ahora; hoy todo es hojarasca en los dramas, muchos rayos de luna, que se quiebran al pasar por el follaje de los árboles, mucha descripción de alboradas y crepúsculos, muchos

similes retorcidos... ¡Todo eso es!... Cuando algún autorcillo me viene con tales monadas yo le digo: ¡Al grano, al grano!... El grano es el drama, que no existe en la mayor parte de los *idem*...

—¿Se enfada V., D. Jerónimo?

—Pues como decía á ustedes, observé, que según los ensayos iban adelantando, crecía el ascendiente de Inocencio sobre nuestra amiga. El tono en que se dirigía á ella ya no era el humilde y cortesano del principio: corregíala á menudo en la manera de decir, señalábala las aptitudes y el gesto que debía adoptar, y á veces, cuando la actriz no comprendía bien sus deseos, llegaba á dirigirla públicamente palabras severas y miradas más severas aún. Nuestro poeta tronaba y relampagueaba ya como amo y señor. Clotilde lo aceptaba de buen grado: ella, tan desdenosa é insufrible con los autores eminentes, se estiraba y se encogía ahora como blanda cera en las manos de este muñeco insulso. Era de ver la humildad con que aceptaba sus correcciones, y la inquietud que la causaban las censuras: mientras duraba el ensayo tenía los ojos puestos constantemente en él, espiondo como esclava sumisa los deseos de su dueño. El poeta, arrellanado en una butaca, con el brasero delante, dirigía la escena en la forma dictatorial que pudiera hacerlo García Gutiérrez ó Ayala: una mirada suya bastaba para ruborizar ó empalidecer á Clotilde: los demás no protestaban por respeto á ella. Cuando salía de la escena, venía presuroso á sentarse al lado de su novio, que se dignaba acogerla á veces con una sonrisa soberana, otras con indiferencia olímpica. Yo estaba escandalizado.

Una vez me acerqué por detras y escuché lo que hablaban. Clotilde llevaba la palabra sosteniendo con calor que el *Subir bajando* ó el *Bajar subiendo* de Inocencio era mejor que *Un drama nuevo*. El joven se defendía débilmente. Otra vez hablaba acerca de su futuro enlace. Clotilde pintaba con frase apasionada el retiro donde irían á esconder su felicidad: un cuarto alto del barrio de Salamanca, lleno de luz, un nido risueño donde Inocencio trabajaría en su despacho, escribiendo comedias, mientras ella bordaría á su lado en el mayor silencio: cuando se fatigase, charlarían un instante para descansar y después le daría un beso y emprendería de nuevo su tarea; por la noche saldrían cogidos del brazo á dar una vuelta, y á casa otra vez: nada de teatro; lo aborrecía con toda el alma: en la primavera irían á pasear por las mañanas al Retiro y tomarían chocolate entre los árboles; en el verano á pasar un mes ó dos á la provincia de Inocencio, á proveerse en el campo de buen color y de salud para el invierno.

La descripción de este tierno idilio, que á mí, con ser machucho, me hacía bailar el corazón dentro del pecho, no producía en el autor novel más que una impertinente soñolencia que sólo desaparecía repentinamente cuando dirigía con voz imperiosa alguna advertencia á los cómicos.

Llegó por fin el día del estreno. Todos estábamos ansiosos por ver el resultado: la opinión corriente era que el drama ofrecía poco de particular; pero como Clotilde había puesto en el desempeño toda su alma, tenía como seguro un gran éxito. En el ensayo general nuestra amiga había hecho verdaderos prodigios: hubo un instante en que los pocos curiosos que asistíamos á él nos levantamos electrizados, convulsos, gritando desahogados. No pueden ustedes figurarse qué maravillosamente decía su parte. Entonces me vino de golpe una

idea á la cabeza: relacionando todas mis observaciones sobre los amores de Clotilde me convencí hasta la evidencia de que Inocencio al enamorarla no se había propuesto otra cosa que adquirir una interpretación excepcional para el papel de la protagonista de su drama y asegurar el éxito de esta suerte. No quise comunicar mis sospechas á nadie; callé y esperé pero, declaro que el chico me fué desde entonces muy antipático.

El ruido que los amigos de Inocencio habían hecho con motivo del drama, el haberlo elegido Clotilde para su beneficio y la voz esparcida de que la célebre actriz iba á obtener en él un triunfo espléndido, hizo que los revendedores expendiesen todas las localidades á precios fabulosos: conozco un marqués que dió once duros por dos butacas. Este cuarto donde nos hallamos se llenó como todos los años de flores y baratijas; no se podía andar en medio de tanta chuchería de porcelana libros preciosamente encuadernados, estuches de ébano, marcos de retratos y un sin fin de objetos de bazar.

La sala estaba brillante: las damas más encopetadas, las notabilidades de la política, la literatura y la banca;

en fin la *high life*, como ahora se dice. Pero más brillante y más radiante estaba aún Inocencio; radiante de gloria y felicidad, recibiendo con agrado á cuantas personas venían á ver los regalos, dictando órdenes á los tramoyistas para el conveniente decorado de la escena y multiplicando las sonrisas y los apretones de mano hasta lo infinito. Clotilde, igualmente, aparecía más bella que nunca, revelando en su rostro expresivo la dulce emoción que la embargaba y el ansia de ganar laureles para su dueño.

Abrióse el telón, y todos se fueron á acupar sus asientos. En las cajas sólo nos quedamos el autor y cuatro ó seis amigos. Las primeras escenas fueron como siempre recibidas con indiferencia; las segundas con algun agrado; la versificación era fluida, elegante y el público, como ustedes saben, se paga de las frascillas de bombonera. Llegó el momento de entrar Clotilde en las tablas y hubo en el público un murmullo de curiosidad y expectación. Dijo su parte discretamente pero sin gran calor;

ARMANDO PALACIO VALDÉS

(Continuará)

NOVEDADES

Tengo yo, arañándome
entre ceja y ceja,
una media fábula
que se cae de vieja;
mas, siendo antiquísima,
cualquiera la deja
á la moda última
(sin la moraleja).

«Sonetos excépticos»,
»coplitas premiosas,
»canciones aéreas
»sin nada de airoas...»
¡Oh, vates románticos!
¡que cosas tan sosas!
¡Ya solo en América
se hacen esas cosas!

Crítica geógrafa
muy justo es que piense
en la tierra auténtica
del genio á que incense;
pues coplas magníficas
de autor matritense
serían estúpidas
 viniendo de Orense.

«No mande usted artículos:
tenemos de sobra:»
dicen los periódicos
al que no los cobra;
pone el que esto dicele
manos á la obra
¡y cobra lo pésimo
de su *maní-obra!*
«Las vecinas cursiles
»no dan de sí nada:
»no escriba usted aerósticos
»que Estrada se enfada:»
Y al siguiente número
sale una bobada
de algún autor célebre...
¡y la aplaude Estrada!

De escritores cómicos
se ha formado un bando;
errar le es muy licito:
Bonus alicuando...
Y así va la crítica
y, burla burlando,
fuera de los *dómines*
todo es *contra-bando*.

Fuera de ese círculo
que el vulgo corona,
no es autor de mérito
ninguna persona;
porque dice el público
que al círculo abona:
«cria fama y échate
á dormir...» la *mona*.

Sea su satélite
quien á autor se lance,
si hácia el dios del éxito
dar quiere un avance;
lo que haga el tal círculo
haga á todo trance,
sainete ó apólogo
poema ó romance.
Por eso, metió-seme
entre ceja y ceja,
dar de nuevo el título
á esta fabuleja;
pues, siendo antiquísima,
cualquiera la deja
á la moda última
(sin la moraleja).

JOSE DE DIEGO.



- Con que adios, Conde, y hasta el baile de mañana. Estoy rendida... y voy á entregarme en brazos de Morfeo.
—Pues si ha de pensar Vd. lo mismo que hoy, ya sé yo de qué me disfrazaré mañana.
—¿De qué, Conde?
—De Morfeo, marquesa.

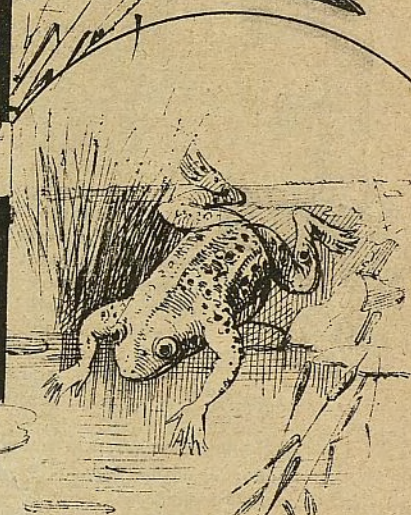
CAPRICHOS

POR

~~SEALER~~



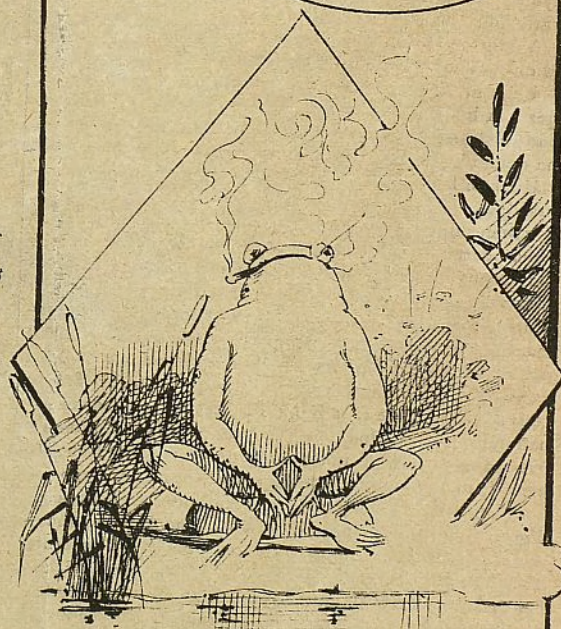
«...ó voy á morir de amor
¡ay, sí!»



Si oyes contar de un náufrago la historia..

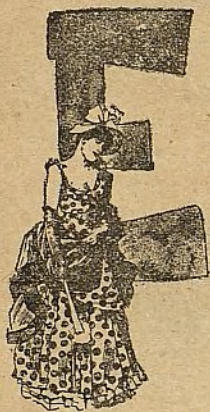


¿Anfibio á mí?



Y como después de todo,
la vida es un frenesí...

CONSUELO DE TONTOS



Esos, consuelo de tontos, dicen los que deben de saberlo que es el mal de muchos; aunque otros suelen espesarlo de manera distinta diciendo: *mal de muchos consuelo de todos*; lo cual, en último resultado, puede que se reduzca á una sustitución de cantidades equivalentes. Sea como fuere, y aún á riesgo de que Vds. me llamen tonto, declaro que he sentido una especie de consuelo con la lectura de un telegrama publicado en algunos periódicos y que, sobre poco más ó menos, decía lo siguiente:

«Ha causado profunda sensación en esta capital la noticia

de haber sido detenido el señor A..., secretario del municipio.

«Se le acusa de haber estado cometiendo desfalcos durante varios años, hasta defraudar á la población en una suma de setenta y cinco mil pesetas.»

¡¡Setenta y cinco mil pesetas!! Poco es para tanto tiempo y tengo para mí que han de faltar pesetas ó han de sobrar años en esta relación; pero de todos modos, el tanto más cuanto no pone ni quita á lo esencial del hecho; hecho que se reduce á que el secretario de un ayuntamiento está procesado por suponersele autor de varios desfalcos.

Y ahora pregunto yo: ¿De qué país suponen Vds. que es el municipio á que el telegrama se refiere?

«Eso no le pregunta, dirán muchos, ¿se trata de robos á la hacienda municipal? ¿Es un caso de inmoralidad administrativa? pues por sabido se calla quella cosa ha ocurrido en esta tierra de garbanzos, en este país clásico de las irregularidades y de las fortunas improvisadas».

«Bien podría ser, dirán algunos, que el escándalo no haya ocurrido en España; si bien esto es lo que parece más probable, porque solamente en la patria de los Juanillones y de los Castrolas es donde se dan con frecuencia estos casos; pero, al cabo y al fin, como el linaje humano es en todas partes el mismo, puede que ahora haya acontecido lo del desfalcó en algún otro país, ya de Europa ya de América; más verosímil, es que el teatro del suceso sea alguna de esas republiquillas de la América española; porque en los países regidos por instituciones republicanas no existe noción alguna de respeto á la propiedad, ni de honor, ni de dignidad, ni de decoro.»

«Pues á mí, dirá alguno, me sorprendería muy poco... digo más, no me sorprendería nada, que hubiese incurrido en ese desliz algún secretario de Ayuntamiento de la gran república de los Estados Unidos de América. En esas poderosas naciones, montadas muy á la moderna, valen muy poca cosa las ideas rancias de honor y de moralidad; son esas antiguallas mandadas recoger y preocupaciones ridículas para generaciones metalizadas y adoradoras incondicionales del día *Exito*».

Pues nada, que estos y los otros y los demás allá se equivocan de medio á medio; el hecho no ha ocurrido en España, el ayuntamiento de que se habla no está en ningún país regido por instituciones republicanas;

esos desfalcos han ocurrido en el imperio alemán y el municipio perjudicado ha sido nada menos que el de *Berlin*, el de la capital del imperio... (!!!). Que se nos vengan ahora echando roncacas los que un día y otro, y á todas horas, nos atruenan los oídos con declamaciones lastimosas acerca de nuestro lamentable atraso.

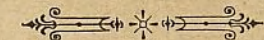
Comprendo que lo sucedido en Berlin no justifica lo que haya podido ocurrir en Cuba, ni lo mucho malo que en Madrid y en Málaga y... ¡que sé yo en cuantas partes! se descubre todos los días; pero será bien que levantemos acta de lo malo que hay en aquel imperio de la civilización, para que no nos obstinemos en conservar, como algunos pretenden, el privilegio exclusivo de las defraudaciones y el monopolio de las inmoralidades.

Bueno, muy bueno, archibueno que no exageremos la nota del patriotismo hasta el punto de creer excelente y aun inmejorable todo lo que hay en España y á España pertenece, pero ¡¡por las once mil vírgenes!! no demos en la exageración contraria, tan *cursi* como la otra, y más injustificada que ella, de aplaudir todo cuanto de otro país procede y abominar sólo de lo que tenemos en nuestra patria.

Y cuando hablemos en son de desprecio de *este país*! este pobre país tan calumniado, recordemos, para entibiar nuestra pena, lo que ha ocurrido recientemente en el ayuntamiento de Berlin.

— *Anche io*, habrá dicho aquel secretario (aunque lo habrá dicho en alemán) sé quedarme con lo que no me pertenece.

A. SANCHEZ PEREZ.



UN HIJO MAS

(Conclusión)

La boda se verificó por fin; pero ¡qué boda! Fué un verdadero acontecimiento en la sociedad distinguida á que los desposados pertenecían. Se llegó hasta á invitar á un redactor de «El Estacazo», quien pagó al día siguiente la *gorra* con un bombo descomunal.

D. Abundio gastó dinero, es verdad, pero lució; eso si que nadie pudo ponerlo en duda. Obsequió debidamente la entrada en la familia de un hijo mas, como él decía.

IV.

Hace dos años que se verificó el matrimonio.

Las ilusiones se han evaporado y se han visto las realidades en toda su desnudez.

Tragaluces y Casimirita viven en casa de D. Abundio, pues de no ser así, vivirían en la calle.

Ni Pepito, ni su padre, han apostado al matrimonio una triste peseta, por la sencilla razón de que no la tienen.

D. Abundio llora todos los días el haberse fiado de las apariencias.

Los padres de Pepito no lloran tanto: al fin y á la postre, éste no era para ellos más que una carga, y ahora, cuando menos, tiene quien le vista y le mantenga.

Casimirita está satisfecha: Pepito es un tipo fino y elegante, como ella se lo había imaginado.

Todas las semanas hay en casa una visita: es el co-

chero que intervino en la boda. Pepito se encargó de pagarle, pero como no tenía dinero, ha traspasado la deuda á D. Abundio.

Este paga un duro todas las semanas al cochero y recuerda con terror las palabras que pronunció el día de la boda.

—Entra en la familia un hijo más.

ADOLFO F. FERRANDO.



CHIRIGOTAS



Recordarán Vds. que en el número pasado preguntábamos á un tal D. Ignacio Guerola, habitante en el Kiosco de la Plaza de la Estación, en Valencia, si quería saldar sus cuentas pendientes con esta administración.

Pues bien: el caballero aludido no ha tenido la dignación de contestarnos.

Y yo ¡oh, Guerola! en pago de tu desatención, voy á immortalizarte.

Y para ello empiezo por repetir mi pregunta:

Ignacio Guerola, deudor mío, honradísimo industrial valen ciano ¿quieres pagarme las 261 pesetas que me debes?

(La contestación en el número próximo)



Y ahora que hablo del hombre ese.

He visto que el semanario valenciano *La Degolla*, al dar cuenta de la recepción del poema *Sor Ana*, de José de Diego, dice que se vende «en el Kiosco de la Plaza de la Estación» que es precisamente el Kiosco del industrial aludido. Y como el poema *Sor Ana* fué editado por LA SEMANA CÓMICA y al leer que ese sujeto lo vendía alguien podría creer que el tal sigue siendo nuestro corresponsal, nos apresuramos á desmentir semejante suposición.

No; ahora no lo es y ¡ay! ojalá no lo hubiera sido nunca.



Algo más que un sueltcito escrito á la ligera merece el drama de Guimerá *Rey y Monjo*, estrenado el martes en el teatro Romea. Por eso pensamos hablar de él con mayor detenimiento en el número próximo.

Guimerá es lo que se llama un *genio*. Es, en nuestra humilísima opinión, la primera figura del Teatro Catalán. *Siente* más que Echegaray y tiene sobre este la inmensa ventaja de ser *más humano* en sus personajes.

De la ejecución que cupo al drama si que quiero decir dos palabras.

Bonaplata estuvo como pocas veces le hemos visto: inspiradísimo y acertado. Todas sus escenas del primero y del segundo acto las dijo un modo magistral, arrebatador. ¡Así, así se siente, don Teodoro, y así se hace sentir!

Bien la Carmen Parreño; muy regularmente Borrás (que es un actor de talento), mal la Abella, y... de los demás no hablemos. Y á Muns, á ese actor Muns ¿no podría haber quien le hiciera entender que las payasadas no sientan en ciertas obras y que no es lo mismo re-

prentar una tragedia de Guimerá que un sainete de *Pitarra*?



Un reclamo, que sin duda habrán Vds. leído en la prensa de estos días:

«¿Queréis tener hijos sanos y robustos? Pues dad á vuestras esposas el jarabe de Hiposfosfite del Dr. Clement.»

Bueno: pero diga Vd.:

Y con eso ¿basta?...



—Figúrese Vd. si tengo buena puntería, que de cien tiros, he hecho blanco en noventa y nueve.

—¿Y á qué distancia?

—A diez pasos.

—¿Y cuál era el blanco?

—La fachada de la Catedral.



Nuestro amigo Luis de Ansorena, ha publicado un poema titulado *El Buen Jeromo*. De él conocen ya un hermoso fragmento los lectores de LA SEMANA CÓMICA. La circunstancia de ser el autor nuestro compañero, y compañero queridísimo, nos impide alabar la obra como merece. Me limito, pues, á anunciar que se vende en casa de los Sres. Gutierrez y Compañía, editores, Corredora Baja, 27, Madrid, y á mandar mi sentida felicitación al autor.

CORRESPONDENCIA

J. C. N.—Barcelona.—No: si no está el mal en que sea serio, yo opino como Vd. acerca del exceso de *conigueria*, pero... lo cierto es que no llega á la talla.

J. G. G.—Sevilla.—Pocos ejemplares quedan y por eso no lo anunciamos ni hacemos nuevas remesas; pero si Vd. quiere mandar el importe... adelantado...

F. S.—Santander.—Ese final—que es gracioso—huele de un modo espantoso.

Un lector de LA SEMANA.—¡Toma! Así hace versos hasta la cocina de casa. ¡Y es gallega!

S. Z. A. Zaragoza.—Bueno; entra en turno.

G. de L.—Madrid.—¡Anda! ¡Pues si versifica Vd. con el salero del mundo! Saldrán dos.

Búfalo Bill's.—¿Que si tiene intencion? ¡Ni un Miura! Y no la publico por eso, por excesivamente intencionada.

J. N. de M.—Barcelona.—Opino como Vd., y porque así opino voy dando entrada á composiciones de las que llamamos *serias*. Pero así y todo, el artículo ese no es publicable, porque... la verdad... no llega á la talla. Y que me perdone el Sr. Don J. D. R., á quien saludo y estimo.

J. E. R.—Madrid.—Lo mandé como original para imprenta á la redacción de *La Revista Comica*.

J. G.—(Barcelona).—*Aló Pum*.—555.—*Dos quintos sin un cuarto*.—*Un suscriptor*.—J. S.—(Salamanca).—A. D., *Pepin*, M. R. P., *Un catalá*.—D. de C. y *Patan-tin-patantan* (Madrid).

—J. G., (Pamplona).—A. M. M., B. J., *El Negro de la Riba*, M. del V., *Matiné*, P. P. P., D. R. (Barcelona) N. F. (No sé donde)

—*Un capitán* (Granada) y R. H. N. J. No son publicables. Y... lo de siempre. No tomen Vdes. á desaire que no se les diga el por que.

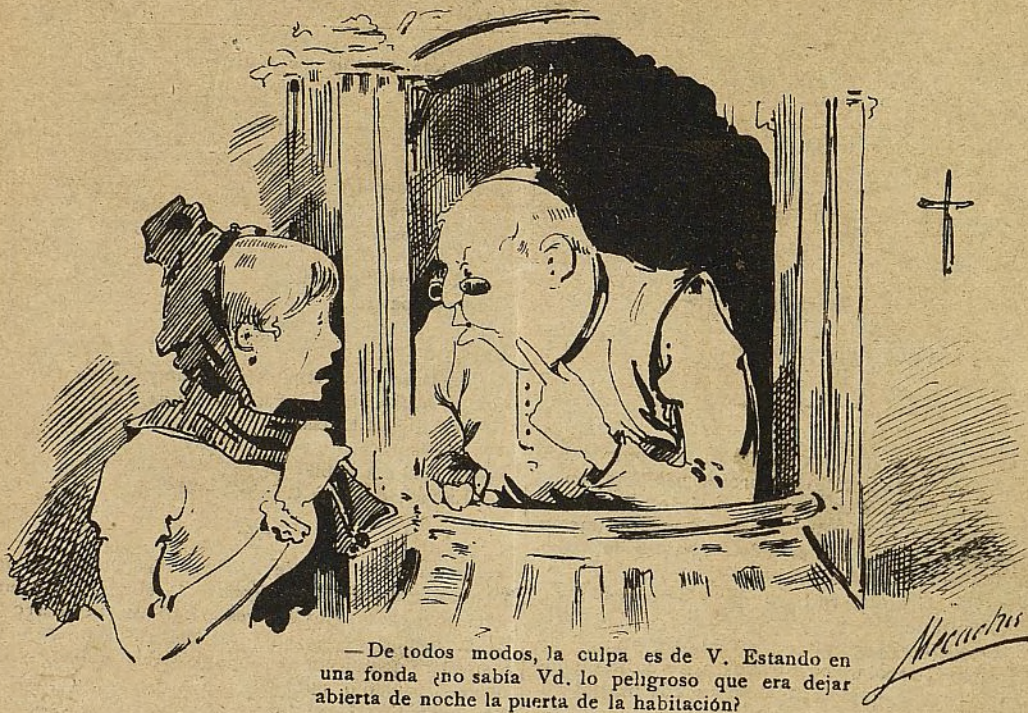
P. D. B.—Barcelona.—Pues consiste, sencillamente, en que EusebioBla-co, que vive en París, publicó el artículo en francés con ese pseudónimo y de allí lo tradujimos nosotros y como traducción lo dimos. *Voilà tout*.

R. D. R.—Zamora.—¡Olé ya, por los vates

—¡vates perversos!
que fabrican sonetos
de trece versos!

Imp. de Calzada é Hijo Arco del Teatro 9. (pasage).

EN EL CONFESONARIO, POR MECACHIS



ANUNCIOS

CORRESPONSAL

exclusivamente encargado de la venta de

LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID:

D. JULIAN RODRIGUEZ,

KIOSCO DE LA UNIVERSIDAD

PLAZA DE SANTO DOMINGO

donde expende también toda clase de libros, periódicos y objetos de escritorio.

UNICA CASA AUTORIZADA PARA LA VENTA,

SUSCRIPCION Y RECLAMACIONES

DE

LA SEMANA CÓMICA

EN LA ISLA DE CUBA

Sra. Viuda de Pozo e Hijos

GALERIA LITERARIA

Calle del Obispo, número 55. Librería.

HABANA.

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, ILUSTRADO, FESTIVO.

VERTALLANS, 3, 1.º BARCELONA

Publica artículos y poesías de los mejores escritores y láminas de los más celebrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera..		2'50 "

En Ultramar y en el Extranjero, fijarán los precios los señores corresponsales.

NÚMEROS ATRASADOS: DOBLE PRECIO

ADVERTENCIA.—Reimpresos todos los números agotados, en breve se pondrán á la venta colecciones de los dos últimos años, al precio de 8 pesetas para los señores suscriptores y 10 para los que no lo son